

ASCENSO AD INFEROS EN LA POESIA DE HUGO CAAMAÑO

Roberto H. Esposto¹

ORCID: 0000-0003-3479-3793

r.esposto@uq.edu.au

Resumen

El presente estudio es una exégesis de la poesía de Hugo Caamaño que sostiene que el descenso hacia el yo profundo es una búsqueda por hallar un registro poético apto para dar voz a su interioridad como expresión de la conflictiva realidad exterior. En este camino, su imaginación especulativa lo desviará por una senda que quebrará con la tradición *katábica* que sitúa al Infierno en el submundo, al revelarle que al averno lo sufren los vivos y está situado en la superficie de la Tierra.

Palabras claves: Hugo Caamaño, poesía, katábasis, Infierno.

ASCENSO AD INFEROS NA POESIA DE HUGO CAAMAÑO

Resumo:

O presente estudo é uma exegese da poesia de Hugo Caamaño que sustenta que a descida ao eu profundo é uma busca para encontrar um registro poético adequado para dar voz à sua interioridade como expressão da realidade externa conflitiva. Nesse caminho, sua imaginação especulativa o desviará por um caminho que romperá com a tradição *catábica* que coloca o Inferno no submundo, ao revelar que o inferno é sofrido pelos vivos e está localizado na superfície da Terra.

Palavras-chave: Hugo Caamaño, poesia, katábasis, Inferno.

¹ Docente e investigador. Actualmente, profesor en la cátedra de español y estudios latinoamericanos en la University of Queensland (Brisbane), Australia. Académico correspondiente de la Academia Argentina de Letras. Autor de libros y artículos publicados en revistas científicas internacionales sobre literatura argentina y pensamiento crítico latinoamericano.

ASCENSO AD INFEROS IN HUGO CAAMAÑO'S POETRY**Abstract:**

The present study is an exegesis of the poetry of Hugo Caamaño which holds that the descent to the inner self is a search to find a suitable register in order to give voice to his introspection as an expression of the conflictive external reality. While on this self-examination, his speculative imagination will divert him along a path that will break with the katabic tradition that places Hell in the underworld, by revealing that hell is suffered by the living and is located on the surface of the Earth.

Key words: Hugo Caamaño, poetry, katabasis, Hell.

El objetivo de este escrito es proponer una lectura que dibuje y desglose el pensamiento que se desprende de la obra del poeta argentino Hugo Caamaño (1923-2015) sobre la condición humana. La obra de este vate está marcada por la historia argentina y del mundo desde la mitad del siglo pasado y de la primera década de éste. Su poesía cabalga entre la metafísica, la teología, la ficción especulativa y la crítica social. De ahí que la lectura de su poesía está motivada por una exégesis matizada por estas disciplinas. El título que encabeza este escrito corresponde a la propia intencionalidad heterodoxa del poeta por ir en contra de las tradiciones literarias clásicas y teológicas que ubican al Infierno en un espacio subterráneo.

La voz griega *katábasis* describe un andar de arriba hacia abajo. De ahí que en latín se usa *descensus ad inferos* para describir el viaje al inframundo. La tradición literaria medieval, de la cual pertenece *La Divina Comedia* (1321) de Dante Alighieri, bebe mucho de esa tradición literaria greco-latina poblada de héroes como Odiseo, Eneas y Parménides. Caamaño le dará un vuelco de tuerca a la acepción greco-latina y cristiana del inframundo de los muertos condenados a castigos eternos por su obrar en vida.

Dos son las preguntas que se le anteponen a Caamaño a la hora de articular su viaje interior y la revelación que se le presenta: ¿a qué registro, vocablo e imágenes deberá recurrir para su decir y revelación de lo impensable? Y segundo, ¿con qué simbolismo de la tradición

literaria deberá quebrar para dar expresión a su propia verdad acerca de la condición humana en la época que le tocó vivir? De ahí que su imaginación tendrá que hallar representaciones simbólicas de una realidad cotidiana hecha absurda, debido precisamente a un mundo configurado por los patrones de la razón científico-técnica, el progreso y el humanismo.

Gran parte de la poesía de este bardo es una pormenorizada reflexión sobre la vida ante el acontecer histórico. Estas reflexiones comienzan por un tortuoso sendero de autocuestionamientos y la imposibilidad de poder hallar la palabra justa. Esta parte del escrito pretende esbozar su viaje de descenso a la mismidad (al yo profundo) como una búsqueda del conocimiento, pero con un giro que no le otorgará redención. Esto constituirá el primer apartado de nuestro trabajo. Este será seguido de una detenida lectura de la revelación que se le presenta a Caamaño en su imaginación para poder articular la realidad que percibe y que retrata en el poema “El cuerpo astral de la Tierra es el Infierno”, subtitulada “Una fantasía teológica”, publicada en su libro *La Casa del Canto* (1985). Aquí abordaremos el contexto que contribuyó a despertar la imaginación fantástica de nuestro vate y cuáles son hoy las resonancias que pueda tener este poema, en medio de una pandemia.

Dado que Caamaño es un marginal de las letras argentinas, antes de entrar en materia deseamos ofrecerle al lector un breve esbozo de su vida y su obra.

La de Caamaño es una poesía del pensamiento. Según Santiago Sylvester esta poesía “*tiende a la reflexión, se concibe a sí misma como un medio para pensar, expone categorías, averigua y, aunque no los rechace, no está demasiado pendiente del aspecto emotivo del hecho poético, al menos, no trata sentimentalmente los asuntos sentimentales*” (Sylvester, 2006: 67). Por tanto, en Caamaño escasean los poemas de amor, pero no lo descarta como problema existencial. Sus preocupaciones van mucho más allá, pues ambicionan lidiar críticamente en la palestra de las ideas, y con una modernidad capitalista aplastante que no toma prisioneros y cuyo avance es implacable. El blanco de sus reflexiones es el *homo sapiens* u *homo faber* que ha sustituido a dios (o bien al mismo Dios

de la Creación). Dicho de otra manera, el de Caamaño es un pensamiento crítico sobre la angustia de la existencia que utiliza la poesía como medio para articular sus reflexiones. Por otro lado, tampoco descarta que Dios se haya ausentado de su creación.

¿Quién fue este señor que dedicó su vida a la poesía y a contemplar el mundo desde el umbral de la ventana de su minúsculo departamento en la provincia de Buenos Aires, cebando su mate amargo, ensimismado, rumiando sus pensamientos? En el poema “Retrato del poeta adolescente” nos dice que nació en Córdoba, cuando era *“difícil precisar si la ciudad estaba en el campo/ o el campo en la ciudad”* (Caamaño, 2011: 347). Desde su infancia, su vida estuvo marcada por el extravío de la poesía y la libre rebeldía de la omnívora lectura del autodidacta: *“Lo echaron de la primaria en quinto grado / No pisó nunca la universidad / Leía poesía en ediciones rústicas, baratas”* (347). Quizás sea por ello que su imaginación y su profundo sentido de asombro no fueron achatados por el conformismo adormecedor de la educación institucionalizada. Aunque se marcha de Córdoba en su adolescencia (con destino a Tucumán), no abandona emocionalmente a su nicho natal, pues lo nutre su apego a esa tierra: *“La forma y el modo de ser que tiene la tierra de Córdoba. Escarpada, seca, luminosa”* (199).

Se mudó a Buenos Aires en 1946 donde vivió los acalorados años del primer peronismo, y toda la tumultuosa segunda mitad del siglo XX del país. Optar por la poesía lo condujo por un desvío en su camino por la vida que lo aleja de una vida acomodada, de hombre de clase media, con familia, coche, casa y vacaciones en Mar del Plata. Avistó al mundo desde las orillas del Río de la Plata. Siempre se mantuvo aislado de las multitudes, lo cual no le impedía ser gregario y frecuentar los ambientes literarios de Buenos Aires.

Poeta puro, fue un lobo estepario en la pampa hecha llanura urbana. En el revoltoso ambiente político y literario porteño desde la década del sesenta del siglo pasado, Caamaño cultivó con dedicación su marginalidad y sobre todo su independencia y libertad. Nunca se postuló a ningún premio literario, aborrecía los festivales de poesía, y esquivaba las invitaciones a lecturas públicas de sus versos. Jamás viajó al exterior, ni a Europa. Era un poeta de poetas, editaba sus libros artesanalmente con destino a sus amigos. De ahí que

podemos agregar a esta descripción de Caamaño, la acepción que hace Osvaldo Aguirre de la poesía lindante: “*El centro estabiliza, sanciona una determinada dirección, traza los límites... En cambio, el margen es el espacio de contornos imprecisos, de cruce y mezcla de los discursos, el sitio a veces estigmatizado como antipoesía*” (Aguirre, 2006: 47).

Escribía para poetas amigos que se reunían en el famoso café La Paz y en La Ópera de la calle Corrientes. En la dura década de los 80 publicó sus libros con su propio sello editorial que acuñó: El Mono Hablador. Perteneció a la generación de Francisco Urondo, Leonidas Lamborghini y Juan Gelman. Frecuentó el círculo de la revista *Contorno*, de David Viñas y Adelaida Gigli, y se amigó con Rodolfo Kusch. Fue amigo íntimo de Joaquín Giannuzzi, y de su esposa, la novelista Libertad Demitrópulos. En sus últimos años se reunía con algunos amigos que le iban quedando en el café La Bicicleta en San Isidro.

Merece hacer un breve recorrido por su obra. Ella está compuesta de *La casa del canto* (1985) que reúne previas colecciones de poesía que van de 1953 a 1982, a saber: *El amor en las calles* (1958), *Imágenes fijas. Libro 1* (1973) e *Imágenes fijas. Libro 2* (1976). Anterior a esta colección Caamaño había publicado *Delirios de grandeza* (1982), donde reúne breves poemas en prosa, algunos de los cuales fueron publicados en el diario *La Prensa* entre 1979 y 1980. Más tarde edita *El que manda de lejos* (1990) y *La llama movediza* (1997). Cierra su creación poética con *dios* (2002) y *Homo Homini Lupus* (2006). Luego en 2007 Alción Editora de Córdoba publica *Obra poética* que reúne todos los trabajos ya mencionados, con prólogo de Hugo di Florio y presentaciones de Hugo Abalde y Leopoldo ‘Teuco’ Castilla. Finalmente, en 2012 Ediciones del Dock edita *Obra completa*.

Hechas estas exposiciones sobre la vida y la obra de Caamaño, entramos en el enfoque que deseamos abordar aquí.

Todo viaje es una búsqueda del yo profundo. La iniciación de auto examinación que Caamaño emprende se va desplegando a lo largo de su poesía con marcado énfasis desde *Imágenes fijas. Libro 1*. En su meta por verbalizar una realidad indecible se zambulle en la interioridad de su ser. De ahí que su obra se va transformando en un viaje tras la palabra

justa para verbalizar algo que es inconcebible. Además de este reto, se enfrenta a un linaje mitológico y literario del Infierno ubicado bajo tierra. A la hora de descifrar la condición humana como una realidad infernal, para Caamaño es inadecuada la alegoría tradicional del Infierno para dar voz a la realidad que lo circunda. Esto conduce a nuestro poeta por un camino de meditaciones donde se revela no la salvación y la manifestación de la divinidad, sino más bien la tenebrosa epifanía de una verdad absoluta e implacable que lo lleva a una revelación sin salvación. En este sentido, Caamaño es un poeta hereje, pero al mismo tiempo profundamente religioso.

La selva oscura a la que nuestro poeta ingresa en sus ensimismados pensamientos es un periplo que lo conduce por los meandros y las preguntas por el ser y la sinrazón de la existencia. Por consiguiente podemos tomar de Graciela Maturo su idea de que el poetizar es una *“aventura intelectual-afectivo-estética, pero también moral y volitiva... Desde la percepción a la volición se abre un amplio espectro conducido por la emoción, que incluye un despertar interior y desencadena la necesidad expresiva”* (Maturo, 2008: 44).

Es en *Imágenes fijas. Libro I* incluido en *La casa del canto* donde podemos ubicar el comienzo de la vocación de este preguntar por el yo profundo. Es decir, aquí su poetizar colinda con un constante sondeo íntimo en una época convulsionada que le ha tocado vivir, penetrando así en la ansiedad de su interioridad para dar palabra a esos balbuceos iniciales. En un poema que titula idóneamente “Eso”, expresa con suma economía y virtuosidad la escurridiza voluntad de verbalizar lo indecible, como si estuviera tanteando en la oscuridad a orillas del abismo del sinsentido:

Metó la mano por el agujero
y busco
la noche, la circunstancia, el instante por el que fui posible,
la gota por la que ya no tuve escapatoria.
Eso (Caamaño, 2011: 87).

“Agujero”, “busco”, “noche” son vocablos que enuncian a la vez el sondeo por las sinuosidades de preguntas donde no se hallan certezas, sino más bien solo vacíos. La noche aquí es sinónimo de penumbra, y de la nada; de una cavidad donde hay una ausencia de fundamento para la vida y la existencia. Esto quizás explique la fundada reticencia en Caamaño por enlistarse en causas, que, aunque las sienta como suyas, su permanente cuestionamiento le impide entregarse con voluntad a ellas.

Es desde este punto, en su imaginario en torno al origen de su existencia, donde se cristaliza en él su condición de haber sido arrojado al mundo – *“la gota por la que ya no tuve escapatoria”* – que lo encierra en una temporalidad existencial donde esa misma gota que le da vida lo entregará a la muerte. Caamaño deja intuir a su lector que en su entrada involuntaria al mundo estaba ausente su libre albedrío. ¿Acaso sea aquí, en este *“instante por el que fui posible / la gota por la que yo no tuve escapatoria”*, el origen de nuestro mal como especie ya que se nos ha denegado el libre albedrío? Años más tarde, a esta desencarnada inquisición de la existencia la expresa con cortante humor al dictaminar en un aforismo: *“Precisamente por amor a la vida no quisiera haber nacido”* (Caamaño, 2011: 263)

Con esta voz llana y directa, pero cargada de matices y sutilezas, Caamaño desliza al lector, esa pregunta que nos estremece y nos pone en vilo en la noche: ¿merece ser vivida la vida? Pregunta ya hecha por Albert Camus en *El mito de Sísifo* (1951): *“No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía”* (Camus, 1996: 13). Esta es la cuestión que mantiene inquieto al insomnio Emil Cioran y lo constriñe a escribir: *“Desde que estoy en el mundo’, ese desde me parece cargado de un significado tan espantoso que se torna insoportable”* (Cioran, 2018: 7).

Este es el desafío que se hace evidente en esta búsqueda en el interior de uno mismo, y que en Caamaño toma el camino de la poesía como búsqueda, con el fin de lidiar con estos interrogantes a medida que habita poéticamente el mundo. Su poetizar no se entrega a etéreas o impalpables abstracciones, pues se desprenden de la experiencia vivida

cotidianamente con los pies plantados en la tierra. Aquí nos apoyamos en Martin Heidegger cuando sostiene que el poeta y su poetizar “*no sobrevuela la tierra ni se coloca por encima de ella para abandonarla y para flotar sobre ella. El poetizar, antes que nada, pone al hombre sobre la tierra, lo lleva a ella, lo lleva al habitar*” (Heidegger, 1994: 167). Con otras palabras podemos decir que el habitar la tierra y el poetizar en Caamaño están íntimamente entrelazados; son los ingredientes de su experiencia.

La interioridad intranquila y angustiada en Caamaño está presente otra vez en el poema “El malestar, la duda”, en que otra vez sus pensamientos son presos de interrogantes incómodos y espinosos:

¿Por qué no puedo vencer en el corazón
El malestar, la duda,
Esa inmovilidad de rueda inútil,
Ese entrar y salir de antiguas tumbas,
Caminatas por soleadas comarcas donde evoco
Feroces divinidades enterradas? (Caamaño, 2011: 73).

A nuestro juicio, esta penuria existencial es la reacción espiritual o emocional de un sujeto sensible y atormentado que ha sido lanceado por una realidad filosa y oscura. La realidad argentina del último tercio del siglo pasado que habita Caamaño ha sido atrapada por la violencia política; una cotidianeidad que ha sido impregnada por la anomia social. Concretamente, la Argentina de ese momento es una sociedad que se está desintegrando porque se ha entregado a la violencia para afrontar fisuras socio-económicas y políticas, donde las armas han sustituido al diálogo. Una comunidad donde, esencialmente, ya no hay amor, solo odio. Es más, la sociedad argentina había sido conformada a partir de conceptos occidentales civilizatorios dieciochescos y decimonónicos fundados en la razón, la ciencia, el progreso y el humanismo. La construcción de una sociedad sobre la piedra basal de la conflictiva antinomia “Civilización o Barbarie”, álgida expresión del humanismo decimonónico, pondría en jaque su armonía y prosperidad puesto que el porvenir de la nación argentina estaría en peligro de desmoronarse.

Ante tal (des)orden de cosas, ¿Qué voz podemos dar a aquello que no tiene sentido, donde reina la crueldad absurda entre conciudadanos, abriendo así un abismo expresado en una ausencia de lazos de afectividad y fraternidad? ¿Cómo articular desde la interioridad, la razón y el accionar del hombre que promete hacer el bien, pero que termina con una obra que socava y corroe el fruto de su propia intencionalidad? Estos son los interrogantes que conmueven y animan la imaginación de Caamaño para conjeturar lo inimaginable y lo impensable.

En el cuestionamiento de Caamaño se plasma una travesía que se va transformando en un desafío por dar voz en sus versos a una realidad claramente salida del averno y presente en las calles de su ciudad. En este sentido su senda errante está hecha de ponderaciones y especulaciones, que a veces ponen en duda su cometido y su propio poder de imaginación. Es decir, titubea sobre la orfebrería de su capacidad poética. En este camino se topa ante el inexorable obstáculo como poeta por articular la palabra justa. En los versos “Sobre el escribir” cuestiona su misión y hasta su razón de ser:

No digas que estás agotado. No es así.
 Tu anhelo de vivir es tan ardiente
 Como el del primer día de la Creación.
 Pero sufres de un mal, el de saber
 Que esencialmente ya fue todo sentido,
 Ha sido todo pensado, todo dicho... (Caamaño, 2011: 151)

Las dos últimas afirmaciones en este verso retumban en la mente de nuestro vate, advirtiéndole que no hay nada nuevo por decir de la condición humana. Pues qué más se podría declamar y que no suene desfasado después de la lapidaria sentencia de Charles Baudelaire en *Las flores del mal* (1857): “¡El Diablo maneja los hilos que nos mueven! / Encontramos encantos en objetos repugnantes; / cada día damos un paso más hacia el Infierno, / sin horror, a través de las tinieblas que apestan (Baudelaire, 2000: 7).

No obstante, igualmente con un lenguaje inmediato y sin tapujos, nuestro poeta confiesa cuál es su desafío por hallar la expresión y el tenor adecuado para pronunciar su pensamiento, y sobre todo, que sea expresado de manera imaginativa: *“Tenés que ser más oscuro, más oscuro, / No permitir que el flujo detenga / y lamerte las cejas cuando piensas”* (Caamaño, 2011: 193). Solo conjurando el genio de la fantasía podrá nuestro vate desplegar con clarividencia la imagen de una visión estremecedora y convincente en el lector. Sobre todo, para que obligue al leyente a la reflexión.

Más tarde en “Endecha”, título idóneo para una canción de llanto que lista las desgracias del hombre, seguirán rugiendo sus pensamientos auto-descalificativos con que se fustiga:

Todo está dicho, hugo caamaño,
no gesticules como un loco,
no vociferes contra nada,
tú mismo horror es un estado
de la materia en movimiento (Caamaño, 2011: 203).

Vale subrayar aquí la deliberada intención de escribir su nombre en minúscula, como si fuere que se castigara a sí mismo por osar poner tinta en papel para indagar su condición en el mundo, como si fuere un atrevimiento irrespetuoso dirigido a los bardos y filósofos del pasado. Este tipo de plegaria vertebró su obra. Esta es una constante que desliza hasta en su última colección de poemas titulada *Homo Homini Lupus* (2006): *“Pienso que escribir seis libros de poesía es un abuso, con uno, a los sumo dos, sería suficiente para mí. Bueno, ya fueron escritos y publicados no sé para qué”* (Caamaño, 2006: 9).

A medida que el lector avanza por su obra, le van apareciendo huellas que bosquejan una revelación que va cobrando forma en *La casa del canto*, la cual también es una casa del llanto. Un lamento por la condición humana figurada desde la situación marginal de este poeta en su propio país, casi desconocido y secreto. Una mirada situada en el rincón sureño latinoamericano desde el cual medita sobre su ciudad, su país y el mundo. ¿Y cuál es el

mundo que va mutando y expandiéndose a sus pies, construyéndose y destruyéndose, sin fin? Continúa en “Endecha”:

Toda la gente se dedica
 a producir y a consumir,
 los verdes bosques retroceden
 y la calandria se suicida.
 Para crecer una ciudad
 - la calle angosta, el rascacielos –
 come raíces, come árboles,
 diversas clases de animales,
 come mujeres, come hombres.
 despide humo y excrementos (Caamaño, 2011: 157).

Aquí nuestro bardo lanza su cortante injuria hacia el llamado progreso capitalista que endiosa al ser humano como *homo consumens y urbanus*. Estos versos implantan en la imaginación del lector la imagen de un panorama desolador de un mundo urbano que se expande, y el cemento gris cubre con su implacable peso mortífero el verdor de la vida. El dictamen acusador de este poema parece indicar que los desperdicios que produce nuestra civilización contribuirán a ahogar a nuestra propia especie, al mismo tiempo que sembramos la muerte de la flora y de la fauna.

Los poemas reunidos en el apartado “Desde la silenciosa actividad” con fecha de 1982 que cierran la colección *La Casa del Canto*, anuncian un giro en la confesión de nuestro vate y al mismo tiempo abren un espacio de enunciación para señalar su verdad. Estos poemas testimonian el estado de ánimo de alguien que ha sobrevivido un tortuoso naufragio. Quien denuncia es un sobreviviente de un cataclismo llamado Proceso de Reorganización Nacional (1976-1982). El título del apartado alude a un periodo donde el silencio era una manera de sobrevivir a los embates del ogro represor. El poema “Bajo continuo” utiliza el registro musical para así poner el acento en la gravidez de su descubrimiento. Se desprende del mismo el tono oscuro de la realidad que lo circunda y la emocionalidad que esta conforma:

Cuando nací
tal vez traía un mensaje para el mundo
y como un hombre distraído lo olvidé;
en la cruz de lo ya dicho y lo Indecible
soy el clavo, el martillo y lo clavado.
Silencio. Soledad. Y algunos libros
escritos para el polvo y las polillas.
Antes me asombraba de ser, de haber nacido,
hoy me asombro de no estar muerto todavía (Caamaño, 2011: 181).

De ahí que la zozobra que atraviesa la vida y el cuestionar de nuestro bardo despierta en él su asombro de que aún esté con vida. Dicho de otra manera, el hecho de haber estado rodeado de la muerte – en ese ojo de la tormenta – quizás sea justamente ese pasmo que lo mantiene vivo, pues no lo entrega del todo a la cínica resignación; convirtiéndolo así en un muerto en vida.

Estas sombrías meditaciones nos conducirán a una revelación heterodoxa del Infierno. El tenebroso descubrimiento que se le presenta a Caamaño en su mirada interior es un reflejo del mundo exterior. Aunque esté fraguada en un contexto histórico, como se ha dicho, nuestro cometido será ilustrar qué luz arroja dicha visión a nuestro presente. Por tanto, debemos preguntarnos: ¿Está acaso en desuso el recurso del Infierno como alegoría para encontrar un sentido más trascendental a un fenómeno inconcebible? ¿Ha quedado desactualizada la revelación que se le aparece en su imaginación a nuestro poeta? Y si dicha conjetura es vigente, ¿Qué nos puede decir ahora?

El uso alegórico del Infierno para imaginar una realidad secular es uno de los recursos literarios que mejor retrata la condición humana desde mediados del siglo veinte. En *Hell in Contemporary Literature* (2005) Rachel Falconer recalca que gran parte de la literatura occidental, después de la Segunda Guerra Mundial, se dispone a demostrar que ya hemos llegado al final, aunque este hecho esté nublado por una superficie de cómodas pseudo-

realidades (4). Por tanto, sugiere esta autora, el recurso a la alegoría del Infierno en la literatura contemporánea, ya no es mitológica o teológica, sino más bien un ideario de una realidad secular, es decir, histórica. Esto se debe, continúa, a que no se pueden cerrar las puertas a la oscuridad del averno para ahuyentar el ingreso de las furias en nuestras vidas cotidianas. Estos serían los efectos liberados por las acciones inspiradas en las nobles ideas y obras fundadas en la razón y en la ciencia.

A la hora de emprender una lectura detenida y crítica del poema “El cuerpo astral de la Tierra es el infierno” de Caamaño, las especulaciones de Falconer son útiles como punto de entrada a nuestra lectura crítica del poema.

La verdad última que se le revela a nuestro bardo pone en el banquillo los mitos tradicionales de la antigüedad sobre *katábasis*. Como veremos, el tradicional viaje del héroe al inframundo de los muertos en búsqueda de conocimiento y sabiduría está errado: es una aberración de la razón y de la imaginación de la antigüedad. Esta visión o metáfora acusatoria de la condena del hombre y de búsqueda de la bendición de una razón iluminada es ya para Caamaño inadmisibles en nuestra época moderna y secular. Por tanto, Caamaño debe recurrir a una imagen para que exprese lo impensable de la realidad humana en el mundo a finales del siglo veinte, y que incluya la experiencia de su propia realidad en la Argentina.

Es decir que las leyendas y mitos, en torno al infierno que servían como advertencias y condenas a los vivos sobre la tierra por la maldad de su obrar en vida, ya no tienen vigencia en un mundo secularizado desde la certificación filosófica de la muerte de Dios desde Jean Paul Richter (1763-1865) y más tarde Friedrich Nietzsche (1844-1900). Puesto de otra manera, si las admoniciones y censuras eternas de los Siete Pecados Capitales, por ejemplo, sirvieron en un pasado para regir y moderar la moral y la ética del hombre, hoy ya no tienen vigencia ni aceptación en un mundo dirigido por la razón de la ciencia y el pragmatismo. Como se verá, los reproches que se desprenden del poema de nuestro bardo cobran una excepcional resonancia en nuestras sociedades donde la cultura celebra la codicia y el lucro en medio de una peste.

Para Caamaño ya no hay lecciones que el hombre pueda asumir en su camino de *anábasis* o de regreso a la superficie de la Tierra, pues esa ya está corrompida por el mal corroedor del poder que se ejerce por la razón fría y calculadora. De ahí que en el comienzo de su poema, nuestro vate anuncie un giro que rompe con la tradición literaria que le precede y de la que se había nutrido:

Existe una palabra
que acuñaron los teólogos, los santos, los poetas,
que ha ido perdiendo fuerza de su destello original,
pero que sigue ardiendo, sin embargo, y
si alguien dijera con fervor suficiente
para que tal palabra resumiera
poderes mágicos que tuvo en el pasado,
le quemara la boca y las entrañas.
Esa palabra es la palabra Infierno.
Homero la usó. Cristo la usó. Dante la usó.
Significa antro de pena y sufrimiento,
Destinado a pagar las deudas que los muertos
Contrajeron en vida. Los hombres inclinados
Por secreto de la naturaleza a lo fantástico,
Lo ubicaron en los adentros de la Tierra.
Pero ahí está el error (Caamaño, 2011: 189).

Hoy ya no hay hombres y mujeres que sientan que sus vidas después de la muerte estén condenadas en un más allá de tormentos y suplicios por sus pensamientos y acciones en la vida. La magia que hilvanaron con persuasiva imaginación teólogos y bardos del pasado para advertir a los vivos de las penas en el averno son ahora cuentos fantásticos para niños de mentes ingenuas e impresionables. Es decir, han perdido su fuerza y su vigor.

Caamaño se desprende de esta tradición literaria y teológica, al anunciar un veredicto en sintonía con un mundo más secular, más incrédulo, suspicaz y crítico de las sentencias y juicios teológicos: “*No el renegrado caracol dantesco / que se hunde hacia el centro del planeta, / la redondez exterior del mismo es el Infierno, / y no los muertos, los vivos lo padecen*” (Caamaño, 2011: 189). Este dictamen nos lleva a considerar que, si en el pasado las leyendas y los mitos servían como ejemplos aleccionadores y hasta reveladores de la conciencia atormentada por remordimientos, las especulaciones teológicas de Caamaño captan con singular agudeza la caducidad de esa enseñanza moral. Es decir, en una cultura secular donde ya no hay temor al poder de la ira de Dios y de sus rayos fulminantes, no hay frenos morales que rijan la ética conductual de ningún ciudadano, y mucho menos de quienes ejercen el poder. Vista con retrospección, esta instructiva revelación nos habla desde el fondo de la historia de las deshumanizadoras acciones de instituciones públicas y privadas que acentúan la precariedad y el desamparo de nuestras vidas.

Al respecto, vale traer a colación el retrato que el novelista Julian Barnes hace del compositor ruso, Dimitri Shostakovich, cuando éste reflexiona en un monólogo interior en tercera persona sobre el poder y la función moral que tenían los mitos en el pasado para despertar sentimientos de arrepentimiento en quienes habían cometido crímenes. En un momento de sus reflexiones sobre las tragedias de William Shakespeare, el compositor en *El ruido del tiempo* especula:

Había juzgado sentimental al dramaturgo inglés porque sus tiranos padecían culpa, malos sueños, remordimientos. Ahora que había vivido más y le había ensordecido el ruido del tiempo, consideraba probable que Shakespeare tuviese razón, que hubiese sido veraz, pero sólo con respecto a su propia época. En días más primitivos del mundo, cuando prevalecían la magia y la religión, era verosímil que hubiese monstruos que tenían conciencia. Ya no. El mundo había progresado, se había vuelto más científico, más práctico, menos influido por las viejas supersticiones. Y los tiranos también habían progresado. Quizá la conciencia ya no tenía una función evolutiva y había sido eliminada en la gestación. Si penetras bajo la piel de un tirano y atraviesas una capa tras otra, descubrirás que la textura no cambia, que el

granito envuelve más granito; y no hay una cueva de conciencia que encontrar (Barnes, 2016: 119).

En un mundo regido por el cálculo pragmático, esta reflexión nos indica que no hay lugar para el arrepentimiento y mucho menos para la culpa. Pues esos sentimientos no tienen cabida donde hay una ausencia absoluta de conciencia empática hacia el dolor ajeno. Pues si esos mitos y leyendas jugaban un papel, era también la de aleccionarnos sobre la zozobra del otro. Pero hoy, ya no hay tantos tiranos. Lo que sí hay, son hombres, tecnócratas y empresarios, cuya textura está quizás ya hecha no de sólido granito, sino de sólido acero, pues con el click de su ratoncito en la pantalla del PC pueden derrumbar un país o dejar sin empleo y a la intemperie a millones.

Este monólogo sirve de contraste a un discurso ampliamente difundido en nuestros días que proclama que hoy la humanidad vive la mejor época de todos los tiempos. Este relato nos quiere persuadir de que, gracias a la razón, la ciencia, el progreso y el humanismo la naturaleza ha sido subyugada y que las pestes y las hecatombes bélicas son cosas del pasado. Este relato nos asegura además que la crisis ambiental se puede paliar gracias a la ciencia y a la tecnología, y así podremos continuar mejorando nuestro nivel de vida en base a la producción y al consumo ilimitado. Parece, por tanto, aberrante pensar que la obra de un poeta casi olvidado, situado en el confín sureño del mundo, desde hace ya varios lustros le baje los humos a este tipo de relato hubrístico de fe en el hombre.

En contraste al relato optimista arriba mencionado, el poema de Caamaño hunde su afilado bisturí de la palabra justa para deshuesar los avances del progreso y de la modernidad:

Es necesario mencionar aquí
la incitación de la geografía infernal
al trabajo creador. Revoluciones.
Bruscas iluminaciones en la noche.
Dioses que descendieron. Y subieron:
se evaporaron como el agua del desierto.

Métodos para suavizar la realidad.
 Artes para vivirla y pensarla bellamente.
 Condenadas (con las mejores intenciones)
 que dedican su tiempo, el conocimiento, a los inventos.
 Porque el Infierno (extraña novedad),
 latente ya en el ser lo que es, lo que será,
 evoluciona (Caamaño, 2011: 190).

Como si estuviera Caamaño haciendo eco de la hipótesis de Falconer arriba mencionada, se desprenden de estos versos que las creaciones humanas son meros “métodos para suavizar la realidad” con una cómoda y frívola cosmética que esconde la pervertida maldad del hombre pues ella se halla en “el semen del hombre” (190).

Encamada en esta lúgubre visión desesperada está la idea de entropía, que concibe al mundo y al universo como el caos total. Según sostiene nuestro poeta, este fundamento es la piedra basal del desorden original. Estas son las correspondencias que se desprenden de estas estrofas del poema en cuestión:

¿Por qué el niño se corrompe en el hombre,
 la niña en la mujer y aunque los dos se funden
 en idéntico fuego no de ser dos?
 Porque el cuerpo astral de la Tierra
 rodando en el silencio de los espacios infinitos es el Infierno –
 y en su ámbito no hay unidad, hay dispersión (Caamaño, 2011: 190-191).

De ahí que los versos de Caamaño son un llanto suplicante de angustia ante una profunda crisis en un país como la Argentina, que desde su fundación se ideó a sí misma y le anunció al planeta ser un destino de acogida a los necesitados del mundo, es decir la tierra prometida. El país, cuyo sueño fundacional inspirado en la unidad de ideales de civilización y progreso, había acabado en un naufragio. El sueño sarmientino, tan caro en la mocedad de

nuestro poeta, había desembocado en una tragedia fratricida². Por ende, su aplastante veredicto: “*Para mí el Juicio Final ya sucedió.../...El cuerpo astral de la Tierra es el infierno*” (Caamaño, 2011: 191).

Este poema es un grito en el desierto, en tiempos de crisis donde el lenguaje y el entendimiento han perdido sus correspondencias. Por consiguiente, el camino que lleva a cabo Caamaño por hallar la palabra justa es tan ardua precisamente porque el mundo se ha vuelto indecible debido a su extrañeza, y esa unidad original, vital, se ha hecho trizas y prevalece el sin sentido de la fragmentación. Podríamos entonces hermanar a nuestro vate con un neo-romanticismo que ciertamente captó esa ruptura que se intuye, como subraya Cathy L. Jade, en una sociedad donde “*los individuos habían perdido contacto con sí mismos, con los semejantes, con la naturaleza*” (Jade, 1986: 15).

Estos versos han cobrado una renovada vigencia, pues la especie humana está siendo azotada por una mortífera pandemia que ha invadido todos los espacios que habitamos. Los efectos nocivos de esta peste han tenido más bien el efecto de dividir que de unir a los pueblos y las naciones. Ha sido el motivo de la sospecha y la desinformación, haciendo de la mendacidad moneda corriente. En lugar de unirnos en fraternidad, solidaridad y el cuidado para el bien común, ha despertado la avaricia y la oportunidad de acaparar más riquezas al mismo tiempo que miles sucumben bajo los efectos letales del virus (especialmente los pobres y desprotegidos). En vez de habernos unidos bajo consignas y prácticas de cooperación sin fines de lucro para proteger la vida, se han afianzado las fisuras entre los países más ricos y los más pobres. Los primeros se autodefinen civilizados, liberales y democráticos, eternamente mandados a señalar con el índice a quienes estiman que no lo son.

He aquí el impacto que tienen hoy en el lector estos versos lapidarios sobre la existencia humana, que ni su propio redactor se podría haber imaginado. La visión que retrata la imaginación especulativa y fantástica de Caamaño de un Juicio Final en el aquí y ahora es

² La primera publicación de Hugo Caamaño, *Sarmiento. Poema en tres partes* (1952), es justamente una apología de la figura de Domingo Faustino Sarmiento, fundador de la moderna nación argentina.

sumamente herético porque no vislumbra ni en el cielo, ni en el horizonte los destellos de la Nueva Jerusalén que anuncie un nuevo comienzo para la humanidad. No obstante, su implacable dictamen, nos vemos obligados a preguntar: ¿Seremos capaces de afrontar la codicia para proteger la vida en el planeta Tierra? Es tal el sacudón que tiene en el lector el juicio de nuestro poeta, que su misión es justamente esa de estremecer al lector y a la lectora a recapacitar y comenzar por un camino que consolide los lazos comunitarios. Es decir, el cuidado de mí mismo equivale al cuidado del otro - para cobijar la vida malgrado la realidad que padecemos.

Hemos argumentado que el descenso hacia su yo profundo en la poesía de Hugo Caamaño se va transformando en una gesta por hallar la palabra justa, y así poder exorcizar las imágenes propicias para articular el mundo exterior que lo atormenta. En este peregrinaje se topa con la aparición que romperá con la fecunda tradición clásica y medieval que sitúa al averno en el submundo, donde los muertos sufren los eternos castigos debido a sus pecados cuando estaban vivos. La revelación que conjetura es que estamos viviendo en el Juicio Final y de que el Infierno es la superficie de la Tierra. Aunque el poema “El cuerpo astral de la Tierra es el Infierno” haya sido redactado en un contexto puntual de la historia argentina del siglo pasado, leído hoy, durante una pandemia, este adquiere una inusitada vigencia, pues nos indica que el virus que nos está vapuleando se debe a nuestro mal obrar y nuestro abuso de la naturaleza.

Referencias bibliográficas

Aguirre, Osvaldo. (2006). “La tradición de los marginales”. (Comp. Jorge Fondebrider) *Tres décadas de poesía argentina 1976-2006*, Buenos Aires, Libros del Rojas, UBA. (45-56).

Barnes, Julian. (2016). *El ruido del tiempo*, Barcelona, Anagrama.

Baudelaire, Charles. (2000). *Las flores del mal*, Buenos Aires, Colihue.

Caamaño, Hugo. (1952). *Sarmiento. Poema en tres cantos*, Macagno, Landa y Cía.

Caamaño, Hugo. (1952). *Homo Homini Lupus*, (2006). Buenos Aires, Ediciones del Dock, 2006.

Caamaño, Hugo. (1952). *Obra Completa*, (2011). Buenos Aires, Ediciones del Dock.

- Camus, Albert. (1996). *El mito de Sísifo*, Madrid, Alianza Editorial.
- Cioran, Emil. (2018). *Del inconveniente de haber nacido*, Barcelona, Taurus.
- Falconer, Rachel. (2005). *Hell in contemporary literature. Western descent narratives since 1945*, Edinburgh, Edinburgh University Press.
- Heidegger, Martin. (1994). “Poéticamente habita el hombre”. *Conferencias y artículos*, Barcelona, Ediciones del Cerbal.
- Jrade, Login Cathy. (1986). *Rubén Darío y la búsqueda romántica de la unidad*, México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Maturo, Graciela. (2008). *Los trabajos de Orfeo. Experiencia y lenguaje de la poesía*, EDIUNC, Mendoza.
- Sylvester, Santiago. (2006). “Poesía de pensamiento”. (Comp. Jorge Fondebrider) *Tres décadas de poesía argentina 1976-2006*. Buenos Aires, Libros del Rojas, UBA. (65-73).